Arrufat, D. Ramon.

La Cabeza Del Conde De Espana.

PQ
6633
.A63
C334
1923

DUKE
UNIVERSITY

LIBRARY

LA CABEZA DEL CONDE DE ESPAÑA

◆

EPISODIO HISTÓRICO

por

D. Ramón Arrufat, Pbro.

Con aprobación eclesiástica

BARCELONA
ATENAS A. G. - ENRIQUE GRANADOS, 30
1923

La cabeza del Conde de España

LA CABEZA DEL CONDE DE ESPAÑA

EPISODIO HISTÓRICO

por

D. Ramón Arrufat, Pbro.

Ramon i Arrufat, Antoni

Con aprobación eclesiástica

BARCELONA
ATENAS A. G. - ENRIQUE GRANADOS, 30
1928

963.62
R175
C.4

I

¿Quién no ha oído hablar del Conde de España? Su nombre suena así como un símbolo, alrededor del cual se ha formado una leyenda, y sabido es que la fantasía popular no se exalta con nombres vulgares ni con historias corrientes y adocenadas. Se asignan a la relevante figura de Carlos de España o Conde de España, pues con los dos nombres se le señala, tres cualidades muy salientes: rectitud, firmeza y crueldad. No queremos decir que fuese vulgar en lo demás, nada de eso, pues consta manifiestamente que tenía profunda religiosidad, singular conocimiento de la guerra y una jamás desmentida lealtad a su rey; sólo queremos significar que aquellas tres condiciones son las que le caracterizan y las que le han entregado a la leyenda. No es raro decir, cuando se ve la flojedad de los lazos sociales y los titubeos de los que están arriba, "Aquí hace falta un Conde de España: Esto no lo podría encauzar más que un hombre como

el Conde de España." Y es de advertir que esto dicen muchos que no comulgan en las ideas políticas y religiosas de aquel grande hombre. Su rectitud y su firmeza son cualidades por todos admitidas: nadie las pone en tela de juicio, la que es más discutible es la de la crueldad. Que allá en su tiempo se le hizo pasar por un monstruo, por una fiera sanguinaria, de eso no cabe ninguna duda. La idea de la crueldad del Conde de España llegó a tener una fuerza axiomática y parecía admitida casi por igual entre amigos y enemigos; pero de esto no hay que hacer caso, porque el que dispone de la prensa y de los demás medios de publicidad y la da por machacar sobre una cosa un día y otro día, la hace entrar sin examen en el cerebro, y después ya no hay herramientas que de allí la desarraiguen. Ejemplo palpable de esto tenemos en el tribunal de la Inquisición: los poquísimos que la estudian sin pasión reconocen que fué el tribunal más justo y más humanitario de su tiempo; pero a la generalidad, aun entre los católicos, se les ponen los pelos de punta cuando oyen referir las atrocidades del Santo Oficio.

Pues ¿qué tiene de particular que el Conde de España, odiado atrozmente por los liberales y por gran número de carlistas que recordaban la actuación del Conde en la guerra del 27, haya sido bastante

desfigurado y presentado muy otro del que era en la realidad? Sus amigos y devotos, con el abatimiento que produce la derrota y con la falta de prensa para defender al Conde, si es que sus enemigos le calumniaban, explican también bastante, que la fama del ilustre general no haya podido ser vindicada, sino que haya sido entregada sin defensa a la voracidad del odio enemigo, que no le podía perdonar las vergonzosas derrotas que le ocasionó. Sea de esto lo que fuere, la historia, cuando se haya apagado por completo el rescoldo de nuestras aun no extinguidas discordias, ya dará sobre este particular el fallo definitivo.

Citaremos aquí algunas de las anécdotas del Conde, según las oíamos referir en nuestra niñez, cuando vivían aún muchos de los que a sus órdenes habían militado, quienes hablaban de él siempre con mucho respeto. Decíase que cuando pasaba por los pueblos si veía algún corro de mujeres, que perdían miserablemente el tiempo en la calle, él iba a pasar revista para ver cómo tenían la casa, y, si la encontraba sucia y desarreglada, les hacía rapar la cabeza, para que, por el miedo de pasar por esta afrenta, fuesen más diligentes en cuidar de las cosas de la familia. Esto, que la leyenda lo pone como una norma general del proceder del Conde, es probable

que sólo lo hubiese hecho en algunos casos particulares y aun por circunstancias que, bien explicadas, tal vez lo justificarían.

Cuentan también que, hallándose un día en la terraza de la casa donde se alojaba, vió que en el huerto de un vecino pacía una cabra, que iba suelta por allá, y como la pared, que separaba a un huerto del otro, más parecía un asiento que una pared, no le fué difícil al animal el franquearlo, y pacía con igual tranquilidad por el huerto ajeno como por el de su amo. Observaba el Conde la travesura de la cabra, cuando se acercó el patrón de la casa, a quien preguntó el Conde de quién era la cabra y de quién el huerto donde pacía, y le contestó el patrón que la cabra era del dueño del huerto de arriba y que, debiéndola de haber soltado alguna criatura de la casa, el animal habría hecho esa escapatoria al huerto del vecino.

—De modo—dijo el Conde—que la cabra come lo que no es de su amo.

—Esta es la verdad—contestó el patrón.

—¡Bien! es lo que yo deseaba averiguar.

Dió en seguida orden de que todas las fuerzas carlistas se reuniesen en la plaza, y que el amo del huerto acudiese también con la cabra, y, cuando las tuvo reunidas allí, se presentó él con toda la prosopopeya de que era capaz, y arengó a sus tropas de esta manera: "Voluntarios de

Carlos V, os he reunido en esta plaza para haceros una prevención y para comunicaros una orden. Aquí está una cabra, que pertenece a este hombre que veis a mi lado: el animal ha saltado del huerto de su amo al del vecino y allí le he visto comiendo la verdura que no era de su amo; ha hecho como hacen los ladrones que se apropian lo ajeno; no se me oculta que la bestia, falta de toda luz de la razón, está exenta de responsabilidad; pero para que veais cuán inexorable seré con los ladrones que son responsables de sus actos, ordeno que este animal sea pasado inmediatamente por las armas."

Este desusado y estrambótico castigo puso un saludable temor entre sus tropas, que no cometían ninguna tropelía en los corrales, ni en las casas, con gran satisfacción de las patronas en cuyas casas se alojaban.

Otra vez pasaba el Conde por un pueblo en ocasión que salía una mujer de la carnicería: le preguntó cuánta carne había comprado, la hizo repesar y halló que faltaban algunas onzas; entonces el Conde mandó poner en el platillo de la balanza el peso que faltaba, y en el otro le hizo poner como a multa monedas de oro hasta lograr el equilibrio, y se marchó, conminándole que no se atreviese otra vez a robar. Debía tener el carnicero en la masa de la sangre

la afición al robo, que no esperó sino a que el Conde se alejase para volver a su inveterada profesión. Supo el Conde que el carnicero sólo daba el peso mientras la partida recorría aquella comarca, pero que en cuanto se salía de allí, volvía al *sicut erat*, aun con mayor encarnizamiento que antes, como si quisiese indemnizarse de las peluconas que le costó la primera aventura. Resolvió el Conde darle una segunda batida, por lo que un día que estaba lejos, con una escolta se presentó súbitamente en el pueblo, y a la primera mujer que salía de la carnicería, le hace repesar la carne y halló algunas onzas de menos. Entonces ordena que pongan, como la primera vez, el peso defraudado en el platillo de la balanza y en el otro le hace cortar carne de las nalgas en cantidad igual a la que había robado. Y como de esta multa no se pudo indemnizar, dejó de allí en adelante de buscar tres pies al gato. y de seguro que ni en aquella carnicería ni en ninguna otra de aquel país se volvió a robar en vida de don Carlos de España. Con estos procedimientos era el Conde el terror de los malhechores, así del campo como de los pueblos por donde pasaba.

II

Aparece la gallarda figura del Conde por primera vez en la historia maniobrando contra los franceses en combinación con el general inglés Wellington en la guerra de la Independencia, y, restablecido Fernando VII en el trono, fué un fervoroso realista, azote y martillo de los liberales y de todos los que pretendían innovaciones en lo religioso y en lo político. Para comprender el papel que desempeñó el Conde en nuestras discordias civiles, hay que tener en cuenta que Fernando VII, tan pronto como se convenció de que toda aquella faramalla constitucional no era otra cosa que fuego de artificio y que no afectaba a la entraña del pueblo español, mandó recoger la Constitución, como si fuese un desperdicio que se echa al carro de la basura, y comenzó una era de persecución, sin ejemplo en nuestra historia, contra los que más habían levantado la voz durante la época de su destierro. La represión fué tan dura y la venganza tan sanguinaria, que muchos leales realistas tuvieron que aconsejar al rey que moderase

sus augustos resentimientos, pero estaban los liberales tan inquietos y levantiscos que con frecuencia apelaban a la insurrección y al pronunciamiento. La costumbre de pelear, adquirida durante la guerra de la Independencia, y el ardoroso fervor con que bullían entonces en la cabeza de los primeros constitucionales las ideas nuevas, hacía que los vencidos no diesen fácilmente su brazo a torcer a los vencedores. Aquellos ilustres guerrilleros, el Empecinado, Mina y muchos otros, que en seis años de batallar continuo y que, al hacerse la división, quedaron con los liberales, les había entrado ya en la sangre el gusto por la revuelta y zanjaban todas sus cuestiones con las armas en la mano. Por esto del año 14 al 20 se sucedían sin interrupción los pronunciamientos y algaradas, que, a juzgar por los desacatos que cometían los insurgentes, no mostraban tener el corazón de mantequilla. Los realistas pedían al Rey con exigencias cada día más crecientes, más dureza en la represión y más ejemplaridad en los castigos: ellos, para imponerse con más fuerza en el ánimo de Fernando, formaban sociedades secretas, como la del *Angel Exterminador* y otras por el estilo, en las que dejaban adivinar claramente cuáles eran sus propósitos. El Rey con intermitencias llegaba hasta la crueldad o extremaba la blandura, hasta que

por fin el año 20, el comandante don Rafael de Riego levantó bandera de rebelión en Cabezas de San Juan, y el Rey se vió forzado a jurar la Constitución. Los liberales en los tres años de gobierno que tuvieron, no se quedaron mancos en las represalias, que ejercieron contra los realistas; pero el ejército de los *Cien mil hijos de San Luis,* que envió a España el duque de Angulema, acabó con aquel orden de cosas y el Rey fué reintegrado en la plenitud de sus derechos. Aunque Angulema aconsejó moderación a su augusto pariente, el consejo se perdió en el vacío, y la sangre, para vengar los desacatos a la majestad real, corrió a torrentes, hasta que las potencias del Norte, congregadas en Verona, adonde concurrió en representación de España el Conde, conminaron seriamente a Fernando para que moderase un poco sus procedimientos. De esta opinión participaban también muchos entre los realistas, y por esta sola discrepancia de conducta se formó dentro del partido realista una división que abría un abismo entre los dos bandos: el exaltado y el moderado. Ambos rivalizaban en amor a la religión y a la monarquía pura, y, esto no obstante, no se podían sufrir el uno al otro.

Fernando, agobiado por las responsabilidades del poder y, más que todo, por las notas que con frecuencia recibía de la

Santa Alianza, iba poniendo sordina a sus personales sentimientos de venganza. Esta lenidad ponía fuera de tino a los realistas exaltados, que ya no se percataban de decir que el Rey se pasaba a sus enemigos y que la masonería dominaba en palacio, y se arrimaban cada día más a la persona de Carlos, de quien no consta que hubiese dado el nombre para figurar como bandera de rebelión contra su augusto hermano. De todos modos, con la anuencia de Carlos o sin ella, los exaltados, en el año 27, apelaron a las armas, y en esta ocasión Carlos de España, sostenedor de los derechos de Fernando, fusiló sin contemplación alguna a sus antiguos compañeros, lo que le valió una animadversión de este grupo realista, que no se borró jamás. Parece una anomalía que el Conde, propenso por su temperamento a los rigores más extremados, no figurase al lado de los insurgentes; pero quizás una superioridad de criterio le hacía comprender que era excesivo lo que aquéllos pedían, o más bien el profundo sentimiento de una lealtad, jamás desmentida, a su Rey, debió tal vez contenerle enfrente del grupo, que más en consonancia estaba con sus personales afecciones. Lo cierto es que, nombrado más tarde Capitán general de Cataluña, no fué más flojo en el castigo de los liberales de lo que lo había sido el año 27 en el de los

realistas, pues si los fosos de Montjuich pudiesen dar testimonio de las escenas que presenciaron, bien nos dirían cuántos liberales pagaron allí con la vida la defensa de sus ideas.

Esto puede muy bien explicarnos la propaganda que de un lado y de otro se haría contra el Conde, como le pondrían de cruel los de ambos bandos, porque todos habían sentido dolorosamente cuán riguroso era su brazo y cuán inexorable su justicia, todo lo cual nos hace sospechar que en esta fama de sanguinario, que en torno suyo se ha creado, quizás haya más de artificial que de real.

Fernando sostuvo ese ten con ten hasta su muerte, que ocurrió el año 33, y en esta fecha se fraccionó el grupo moderado del partido realista: unos fueron a engrosar las filas de los partidarios de Carlos V, que eran antes exclusivamente los exaltados, y otros aceptaron la legalidad existente, representada por Isabel II, pretendiendo, sin embargo, que ésta fuese un símbolo de una política genuinamente religiosa e íntegramente monárquica, a lo que se llamó *despotismo ilustrado,* defendido por Zea Bermúdez en su primer *Manifiesto.* Estos sucesos hicieron que se encontrasen en un mismo campo los dos bandos del antiguo partido realista, que pocos años antes se habían batido con inusitado

furor. Si bien peleaban juntos y reconocían por Rey a la misma persona, es lo cierto que no se fundieron jamás y que continuaron una guerra de intrigas quizás más feroz que la que se habían hecho con las armas el año 27.

La corte de Carlos V era un hervidero de ambiciones, en el que unas veces salían triunfantes los candidatos de los exaltados y otras los de los moderados.

En el Norte, don Rafael de Maroto, que era de estos últimos, tuvo siempre la enemiga del bando contrario, y se pusieron tan agrias las relaciones, que había de terminar en sangrienta tragedia. En efecto, se presentó Maroto de improviso en Estella e hizo fusilar, sin formación de causa y sin contar con la aprobación del Rey, a los generales que tramaban contra él. Unos dicen que cometió tamaña atrocidad, porque la fidelidad de aquellos correligionarios era un obstáculo a los planes que meditaba; y otros aseguran que se vió precisado a obrar así para salvar su propia vida; lo cierto es que la situación de Maroto en el partido después de esta venganza ya se hizo insostenible, y acabó este drama en los campos de Vergara, abrazándose los dos generales Maroto y Espartero.

En Cataluña las fuerzas carlistas eran las más refractarias a una organización

militar; todos los intentos que a este fin se habían encaminado, no habían obtenido éxito alguno; sólo éxitos parciales habían acreditado el valor personal de algunos cabecillas y de algunas partidas, pero acciones de conjunto no podían darlas por falta de disciplina y de unidad de criterio.

El Conde de España, que quizás por sus antecedentes, no había merecido la confianza de algunos jefes carlistas, estaba en el extranjero, de donde fué llamado ya en los últimos años de la guerra, para ponerse al frente de todas las fuerzas de Cataluña en Julio de 1838; impuso con mano férrea la disciplina y realizó actos que le acreditaron de valiente y experto capitán: era el terror de las huestes isabelinas y de toda clase de gente maleante. El pueblo carlista recibió al anciano general con unánime aplauso y con repiqueo de campanas, y en verdad que no desvaneció las esperanzas que en sus altas dotes militares se habían fundado: venía nombrado Capitán general de todas las fuerzas de Cataluña y Presidente de la Junta Suprema; estableció en Caserras el Cuartel general y tuvo que meter en cintura a los guerrilleros, que hasta entonces habían obrado por su cuenta, y a la Junta, que perdió el carácter de soberana, de que hasta entonces había gozado.

El barón de Meer halló en el Conde de

España un competidor de altura, que le había de dar muchos quebraderos de cabeza; pero substituído por Valdés ,la guerra presentaba un aspecto muy favorable a las armas de Don Carlos.

Como las disposiciones rigurosas que había tomado el Conde ofendieron a muchos jefes carlistas, éstos comenzaron una conjura contra el general, haciendo entrar la sospecha de que con estas medidas preparaba el segundo acto del drama de la traición de Maroto, lo que fué causa de su definitiva perdición.

III

Pidió sigilosamente la Junta a la que funcionaba en París , la destitución del Conde y el nombramiento de Sagarra, que era el segundo jefe, y Espar desde Tolosa escribió que venía con la destitución. Estaba el Conde en Berga en completa ignorancia de esta trama, cuando fué convocada la Junta en Aviá el 26 octubre de 1839, a la que asistió Carlos de España con una escolta de mozos de escuadra, quienes por orden de un individuo de la Junta fueron alejados de la casa y sustituídos por otros de su confianza. Cuando estaban reunidos, sale un grupo de hombres que le tapan la boca y le amenazan con los puñales, intimándole la destitución decretada ya por la Superioridad Al dejarle hablar, dijo que le sorprendía mucho este proceder, porque en su larga vida militar hartas pruebas había dado de su leal sumisión a la voluntad del Rey, y no sabía porque ahora había tanto recelo de su fidelidad. Uno de los vocales le comunicó el acuerdo de la Junta de que resignase el mando antes de que llegase la orden y de que saliese aquella misma

noche para Andorra, lo que prometió dócilmente cumplir el infortunado general, recomendando de pasada el cuidado de su persona, porque se trataba de un anciano y padre de familia, protestando los circunstantes conmovidos de que nada se intentaba contra su persona. Aquella misma noche fué conducido a Sisquer, donde se le vistió de paisano y así le condujeron a una casa de campo cerca de Orgañá, desde donde salieron para ir a pasar el río Segre, pero antes de llegar aparecieron dos hombres con garrotes que le dieron un gran golpe en la cabeza, luego le ahorcaron y, muerto, con una soga que le ataron al cuello, fué echado al río, apareciendo a los pocos días el cadáver en un islote no lejos de Oliana.

Inútil es decir que, siendo el hecho delictivo por sus cuatro costados, los que estaban complicados en tan enorme crimen procurarían enterrarle en un lugar secreto por personas de su más íntima confianza. Un velo misterioso encubrió a los autores y al lugar donde estaban depositados los restos del desgraciado Conde. Probablemente la cosa habría dado mucho juego, pero el próximo final de la guerra canceló todos los asuntos pendientes, incluso el de las responsabilidades por la muerte del Conde. Ni aún en su ignorada sepultura pudo éste quedar en paz, pues los sucesos que

vamos a narrar nos manifestarán las peripecias que le aguardaban todavía.

En aquella época el frenólogo, D. Mariano Cubí, después de haber dado sus enseñanzas en Nueva York, donde hicieron furor sus originales teorías, apareció en Barcelona, ofreciendo dar cursos de Frenología para hacer conocer en este país las maravillas de una ciencia que levantaba de cascos a todos los amantes de insanas novedades. Al establecer las relaciones entre el cerebro y las facultades del alma, sentaba doctrinas, que se encaraban al materialismo, aunque las presentaba envueltas en densas nebulosidades. Pues, si quería decir solamente que entre la mente y el cerebro hay íntima relación, esto era ya de clavo pasado en sana filosofía: si quería decir que el cerebro tenía parte activa en la elaboración del pensamiento, era falso, porque jamás lo compuesto puede producir lo simple: si pretendía sostener que cada facultad del alma guarda relación con una porción cerebral, mientras esta no se atribuya causalidad eficiente en la producción del pensamiento, no pasaba de ser esto una mera cuestión de familia, que debía ventilar con los fisiólogos, que atribuyen a todo el cerebro esta función especial.

La manía característica de Cubi consistía en atribuir el desarrollo especial de una facultad del alma al tamaño mayor o menor de la porción cerebral en que reside; y como

el tamaño de esta porción cerebral repercute en el cráneo, resultaba que por las protuberancias craneales se podía venir en conocimiento de las facultades del alma.

Formó Cubi con sus extravagantes teorías una generación de pedantes, entre los que figuraban como más apasionados algunos médicos, que tomaron especial afición a las doctrinas frenológicas. Entre los devotos admiradores de Cubí se contaban un médico y un farmacéutico de Guísona, quienes alentados por un mozo del pueblo en la pretensión de encontrar el lugar, donde estaba enterrado el Conde de España, creyeron que la cabeza del Conde, en quien suponían una crueldad en su grado máximo de desarrollo ofrecía materia muy apta para un estudio frenelógico, que podría realizar el famoso catedrático don Mariano Cubí. El mencionado chico, que servía de mozo, había militado en las filas carlistas, y, aunque él no sabía el lugar donde estaba enterrado el Conde confiaba encontrar quien se lo podría en secreto manifestar. Eran tan vivas las ansias que tenían aquellos de poseer la cabeza del Conde que se arriesgaron a hacer un viaje expresamente para encontrarlo. No resultaron fallidas sus esperanzas, pues, con el auxilio de una regular propina, hallaron quien les condujo al punto, que constituía la meta de sus de-

seos: tomaron la cabeza que metieron en las alforjas del mozo y emprendieron el regreso a su pueblo. Antes de salir de aquellos vericuetos toparon con una partida de ladrones, que les salió al paso y con un alto, reforzado con un disparo, se pararon los expedicionistas y se ofrecieron a dejarse robar por la cuadrilla sin hacer la menor resistencia. Al pasar registro los ladrones, encontraron la cabeza del Conde, que la echaron dentro del bosque, por considerarla un hallazgo inútil; pero como les pareciese que aquellos dos sujetos, eran capaces de dar más jugo que el que a la sazón ofrecían, les secuestraron junto con el mozo, conduciéndoles con los ojos vendados a una cueva secreta, que para este uso tenían. Allí les hicieron escribir a sus familias pidiendo que depositasen tal cantidad de dinero en un lugar determinado con la amenaza de quitarles la vida, si no lo cumplían. Así lo hicieron, pero las familias tal vez no tendrían medio de buscar el dinero, el caso es que al día señalado, la exigencia de los ladrones no pudo ser satisfecha. Viendo los pobres secuestrados que su cabeza olía ya a pólvora, en tan singular aprieto les ocurrió una idea muy ingeniosa, que era una verdadera solución en aquel tan enmarañado asunto. Convinieron en proponer al jefe de la banda, que

soltase a uno de los dos amigos, que verían por suerte a quien tocase, y que el libertado iría al pueblo y haría las gestiones necesarias para hallar el dinero, ya que este asunto en manos de mujeres no se resolvería nunca, con evidente perjuicio de las dos partes, y que ya podían comprender que no había voto en esta proposición, porque como había de confiarse la elección a la suerte, y esta igualmente podía favorecer al uno que al otro, ello era prueba manifiesta que cada uno de ellos tenía confianza absoluta en su compañero, ya que ponía la vida en sus manos. Hízose cargo de esta tan poderosa razón el jefe de los ladrones y accedió a su razonable petición.

El que fué favorecido por la suerte salió de la cueva con los ojos vendados tal como había entrado y, dando vueltas y contramarchas para desorientarle, llegaron a punto en que debía ser soltado. Al poco tiempo que andaba errante por aquellos lugares topó con los Mozos de la Escuadra, que le molieron a preguntas, sin que fuese muy difícil hallarle en alguna contradicción, toda vez que le era imposible justificar su paso por allí, por lo que le juzgaron comprometido en aquella partida de ladrones, que tenían orden terminante de exterminar, y le dijeron que rezase el *Credo*, pues le iban a fusilar inmediatamente. En tan apretado lance el infeliz tuvo

que confesar la verdad, rogándoles que, en atención a la comprometida situación de sus compañeros, le permitiesen ir a su casa a buscar el dinero para el rescate. No se avinieron los Mozos a esta proposición, antes bien le exigieron que él les acompañase en busca de la ya famosa cueva. Cuando vió el infeliz que tenía cerrada toda puerta de salida en aquel laberinto de confusiones, resolvió buscar de veras la cueva para ver si por este único medio le era posible salvar al vida de sus compañeros. Recordó que mientras iba con los ojos vendados, echaba disimuladamente con alguna intermitencia papeles en el suelo con cuya guía se iban acercando al deseado lugar. En todos aquellos contornos no vieron rastro alguno de la cueva, y se apostaron allí para ver si se les ofrecía alguna nueva pista, que no tardó en dársela una anciana mujer de una masía, que llevaba un cesto con comida, y como tampoco pudo responder ésta satisfactoriamente a las preguntas de los Mozos, la amenazaron con fusilarla, si no les decía la verdad. Asustada aquella mujer, se ofreció a enseñarles la entrada de la cueva, por la que penetraron los Mozos, que la despejaron con una descarga, huyendo los ladrones por la otra abertura y dejando abandonados allí a los secuestrados, que fueron enseguida con gran contento de todos puestos en libertad.

IV

Mucho tuvieron que contar los tales de esta aventura, que a poco les cuesta la vida, lamentando con pena que en todas estas peripecias les hubiera desaparecido la codiciada cabeza del Conde de España, objeto de tantos afanes. El mozo, que, por haber corrido la guerra, conocía todo aquel país palmo a palmo, viendo que tanta falta les hacía aquella cabeza y que con tantas ansias la deseaban, se ofreció a irla a buscar solo, porque le parecía que en el bosque donde la echaron los ladrones no debía haber sido vista por nadie, y que, aun en el caso de serlo, como no podía excitar ninguna codicia, hacía presumir que la encontraría en el mismo punto donde aquéllos la echaron. En efecto, el mozo cumplió su palabra y el cráneo vino por fin a caer en las manos del médico, que tanto por él se había desvelado. Hizo el doctor un viaje a Barcelona con el cuerpo del delito y fué a visitar al doctor Cubí, que admitió el obsequio con extremada alegría, ya que no era

fácil obtener cráneos de personas que se hubieran distinguido por el desarrollo de alguna pasión muy violenta, con lo que pensaba obtener una confirmación palpable de las teorías frenológicas. El Conde, debió decirse el doctor Cubí, era muy cruel, a esta intensidad de sentimiento ha de corresponder más porción de masa cerebral, y a mayor cantidad de ésta le pertenecerá, sin duda, una superficie mayor en la cubierta protectora, o sea, en el cráneo; y como el sabio catedrático sabía perfectamente en qué departamento del cerebro se alojaba cada facultad y sentimiento del alma, como si toda su vida se la hubiese pasado confeccionando cerebros, de ahí es que con la cabeza del Conde la ciencia frenológiba iba a dar un paso, que podía ser decisivo. Es verdad que del fruto de este estudio no podía hacerse bombo y reclamo en los periódicos y revistas, porque, como constituían hechos delictivos, tanto el asesinato del Conde, como la mutilación de su cadáver, los tribunales de justicia habrían echado un jarro de agua fría a los entusiasmos científicos; pero no obstante, el doctor Cubí habría podido sacar grandes provechos para su uso particular.

Repuestos los ladrones del quebranto que

tuvieron en la cueva, y reorganizada la partida, creyeron que todo aquel contratiempo lo originó la traición del secuestrado, a quien se había puesto en libertad, por lo que comenzaron a amenazarle con anónimos, diciéndole que pagaría con la vida la felonía que con ellos había cometido. Es probable que tales amenazas harían mella en el corazón del médico, quien, ya sea por miedo a la muerte, ya sea porque así conviniese a sus intereses, resolvió irse a las islas Filipinas. Fué a Barcelona para embarcarse, pero antes de marchar, recelando que, por alguna indiscreción en vida del doctor Cubí y aun más después de su muerte, pudiese descubrirse que había ido a robar la cabeza del Conde de España, lo que no dejaría de acarrearle todavía algúún serio contratiempo, se avistó con su maestro y le rogó que le devolviese la cabeza, porque se iba a Filipinas, donde deseaba pasar tranquilo el resto de sus días Comprendió muy bien Cubí el estado de su espíritu y lo razonable de su petición, y accedió gustoso a la demanda, devolviéndole la cabeza, sobre la que había hecho ya un serio y detenido estudio. Y en efecto, el cráneo estaba todo rayado y como dividido en un sinnúmero de departamentos, muy bien clasificado todo, con

un orden perfecto, como si se tratase de los estantes de una bien ordenada oficina. No se sabe si el estudio de aquel cráneo confirmó las teorías frenológicas del doctor Cubí, o si halló que constituía una lamentable excepción de una verdad que para él no tenía vuelta de hoja. Sea de ello lo que fuere, el médico recobró la cabeza del Conde, y con ella se fué al lugar de su destino. Afortunadamente, los años que vivió el médico en Filipinas fueron los más venturosos para aquella tan manoseada cabeza, que no había podido gozar un momento de paz desde que haba comenzado su vida sepulcral; pero como las dichas en este mundo no pueden ser duraderas, pronto había de volver a sus aventureras andanzas.

Murió el médico, y, por disposición testamentaria de éste, correspondió el mobiliario a una hermana suya, que vivía en Cervera, la que se vió terriblemente sorprendida al ver que dentro el baúl de la ropa había el cráneo del Conde de España. Ella sabía perfectamente todas las incidencias de este asunao, pero por miedo a la justicia guardaba reserva sobre esta historia, que la ocultaba como un secreto de familia; pero ahora temía que se descubriese la cosa y que la alcanzasen las salpicaduras de una causa criminal. Consultó

el caso con el Prior de San Agustín, el cual la tranquilizó y le dijo que le entregase la cabeza, que la pondría entre las otras que tenía en aquella iglesia la Congregación de la Buena Muerte, y que allí pasaría desapercibida: sería un cráneo más entre los muchos de que ya disponían. Durante la vida del Prior y de aquella mujer, pocos eran los que sabían que aquel cráneo era de la cabeza del Conde de España, pues se guardaba una prudente reserva, pero murieron aquéllos, y como a los demás sacerdotes que le sucedieron en el cuidado de la iglesia y de la Congregación ya no les alcanzaba responsabilidad alguna por lo de la cabeza, no eran tan reservados, y entre los monaguillos era cosa muy sabida que aquella cabeza tan rayada y tan señalada era la cabeza del Conde de España. Esta cabeza, como todas las demás, adornaba la credenza en los aniversarios y misas solemnes de difuntos que se celebraban con frecuencia en la capilla de la Buena Muerte, e iba a las procesiones que la Congregación hacía todos los años por Semana Santa, en las que se exhiben todos los símbolos que recuerdan el fin del hombre, pero que lo que más abunda son los cráneos, y entre éstos figuraba siempre el del Conde de España, que habría po-

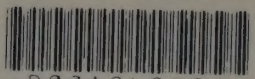
dido recordar más que ningún otro cuál es el paradero cierto de todas las glorias humanas.

Pasaron así varios años y fué un día a Cervera un viajante de Palma de Mallorca, que por casualidad habló con uno de los sacerdotes de aquella iglesia, quien le preguntó si conocía en Palma a la familia del Conde de España, y como le dijese que era aquélla muy conocida por su alta alcurnia en aquella capital, le autorizó para indicarles que en Cervera tenían la cabeza del famoso Conde, asesinado durante la guerra civil de los Siete Años. Algo incrédulo se mostraba el viajante, porque la familia, que había recobrado ya el cuerpo, había hecho largas y penosas gestiones para encontrar la cabeza y que todo había resultado inútil, y se le hacía muy difícil creer que la hubiesen adquirido en Cervera a través de estos tan novelescos incidentes, pero que de todos modos lo comunicaría a la famliia, cuando regresase a Palma. Al cabo de algún tiempo volvió el mismo viajante, comisionado por la familia del Conde para practicar averiguaciones concretas sobre este particular, que se las dieron muy detalladas y satisfactorias, pues vivía aún en Guisona el mozo que había intervenido en todas las incidencias de esta singular historia.

Le enviaron a buscar y le hicieron explicar los sucesos, que realmente concordaron con las explicaciones anteriores, y le preguntaron si reconocería a aquel cráneo mezclado con los otros. Díjoles que era muy fácil reconocerlo, porque en la parte inferior del hueso había el nombre, que le había puesto aquel catedrático de Barcelona, pues cuando fué a acompañar al médico para embarcarse, había tenido la cabeza en sus manos, que estaba toda llena de rayas con el nombre en el pie. Que llevase el nombre, esto no lo habían advertido aún los de la Iglesia, porque una capa de engrudo lo cubría: va el mozo, y en un montón de cráneos lo reconoce en seguida, frota el hueso y aparece esta inscripción: *C* de *E*, Conde de España. Convencióse el viajante y da a la familia todas las explicaciones que exigían, y se convencieron también de que aquélla era la cabeza auténtica de su glorioso antepasado. La reclamaron, y una comisión de sacerdotes de aquella iglesia fué a entregársela, y, después de celebrar un solemne funeral, pudo juntarse otra vez con los demás restos mortales y hallar en la soledad del sepulcro el reposo que tenía derecho a esperar.

NOTA.—Este episodio lo refirió al autor un Rdo. Sacerdote, que intervino activamente en el desenlace de este asunto.

DUKE UNIVERSITY LIBRARIES



D01346/3L

DUKE LSC
D00194678Z